

CAPITULO LXX.

El vengador de su honra.

SE levantaba un edificio, un siglo ántes de la expedicion de los españoles, en el sitio que ocupaba el Jardin Imperial de México, en el que habitaba un mexicano ilustre por el valor que habia desplegado entre todos los de su tribu, consiguiendo que le aclamasen por su jefe y señor.

Llamábase Tangoras, y adoraba con verdadero delirio á una india que por su hermosura cautivaba la atencion de cuantos la concian.

El jefe de aquella tribu encendió en su pecho el amor, y logró la felicidad de que consintiera en ser su esposa.

Tangoras, vehemente como todos los de su raza, apasionado como el que más, no consentia á su esposa, no solo que se fijase en ninguno de sus vasallos, sino que se ofendia de que sus amigos, sus parientes, ponderasen la belleza, la perfeccion de las facciones de Igarniga, que así se llamaba.

No tenia motivos para dudar de su fidelidad; pero sin saber por qué, comprendió al año de su matrimonio que no hacia la felicidad de su esposa, y desde aquel momento una sospecha horrible se apoderó de su alma.

—Ama á otro, se decia; pero ¡guay! de ellos si llego á descubrir su criminal pasion.

Tangoras era muy aficionado á la caza.

Pero esta diversion le obligaba á abandonar á su esposa, y

como era natural, al hallarse léjos de ella sufría con mucha más intensidad el aguijon de los celos.

Para poder espiarla fácilmente sin que ella se apercibiese, mandó construir el subterráneo descubierto por el astrólogo Bortello, y cuando estuvo terminado, todos los dias al llegar al bosque que penetraba en él y llegaba hasta el jardin para vigilar desde allí su casa.

Una mañana, hallándose en su escondrijo, vió llegar cautelosamente á un indio, que aproximándose á la casa dió un silbido, y un momento despues apareció su esposa.

Tangoras sintió que la sangre se agolpaba á su corazon, y su primer impulso fué salir y asestar un golpe con su tomahawk (1) al que indudablemente iba á mancillar su honra.

Pero se contuvo, deseando conocer hasta qué punto era criminal Igarniga.

Esta, al reunirse con su amante, con cariñoso acento le dijo:

—¡Eres tú mi consolador espíritu! ¡Eres tú, mi único apoyo sobre la tierra! He sufrido mucho en tu ausencia; pero siempre que padezco, que pierdo el juicio, que me siento morir, te hallo á tí que me contemplas cariñoso y me dices: "Vive, Igarniga, porque yo tambien te amo."

Tangoras tembló de piés á cabeza al oír las palabras de su esposa.

La sangre suspendió su curso á la violenta emocion que experimentó.

No le quedaba ya ni la esperanza de la duda.

El amante de la infiel esposa la contestó con acritud:

—No he venido, dijo, porque no me amas; pero no quiero ser juguete de una ilusion, y mi presencia en este instante quiere decir que nos despediremos para no vernos jamas.

1 Especie de maza que usaban los mexicanos.

—¡Oh! No me condenes sin oirme. ¿Acaso puedo sacrificarte más que mis deberes, que mi reposo, que mi tranquilidad?

—Eso no me satisface. Yo no puedo acostumbrarme á que otro hombre tenga derecho á tu cariño, y si fueran verdad las palabras, pronto desaparecerían los obstáculos que se oponen á nuestra dicha.

El esposo ofendido limpió el sudor que bañaba su frente.

Igarniga permaneció silenciosa.

—¿Nada me contestas? exclamó el apasionado indio con acento de reconvencion al ver la impasibilidad de su amante. ¡Maldito sea aquel sol que alumbró tu salida al mundo de los hombres! ¡Malditas las entrañas de pedernal en donde se formó tu corazón!

—Perdóname, Obahimo; te amo, y no puedo soportar por más tiempo este fuego que me devora; pero me horroriza penetrar en el misterio que encierran tus palabras.

—¿Es decir, que quieres retroceder en la conducta que has observado, que quieres destruir las esperanzas que me has hecho concebir, que quieres que te maldiga como una despreciable lullaya (1)?

—¡Ah! No. ¿Cómo puedes abrigar esas sospechas, si te amo más que á mi vida? Tranquilízate, ilusión querida, y dí qué debo hacer para que desaparezcan estas nubes que oscurecen nuestra felicidad.

Una alegría diabólica brilló en la mirada del indio.

—Toma esta flor, le dijo, y cuando tu esposo esté dormido aproxímalala á sus labios, y un sueño letárgico se apoderará de él. Yo te aguardaré aquí, tendré preparada una canoa, y ántes de que tus servidores se aperciban de la muerte de tu esposo, nos hallaremos tan léjos de este sitio que no podrán darnos alcance.

Yo tengo cuantiosos tesoros, yo te amo como nadie ha amado;

1 Embustera.

y si tú accedes á lo que te propongo, viviremos felices, y nuestra felicidad será eterna, porque, no lo dudes, hemos nacido el uno para el otro.

Tangoras no pudo contenerse.

Saliendo de su escondrijo, y precipitándose con la ligereza del tigre sobre el seductor de su esposa, le descargó un golpe con su tomahawk, que le derribó en tierra casi exánime.

En seguida se dirigió á Igarniga, y arrastrándola violentamente, la condujo á su palacio.

Allí la encerró, y al separarse de ella la dijo con un acento que heló la sangre en sus venas:

—Pronto volveré á buscarte. Ahora voy á prestar á tu cómplice los auxilios que reclama su estado.

Su esposa nada contestó.

Tangoras acudió al sitio donde estaba el mancebo, le trasladó al subterráneo, curó su herida cuidadosamente, y viendo que el pobre indio le daba las gracias por la generosidad con que le trataba y le pedia perdón por el atentado que queria cometer:

—No me deis las gracias, exclamó afectando la mayor bondad, hasta que esteis completamente restablecido, que creo será pronto. Procurad descansar, y dentro de breves momentos os traeré provisiones para que sacieis vuestro apetito.

Y así diciendo se retiró, acariciando el momento de poner en práctica un proyecto espantoso que habia concebido.

Con paso agitado, delirante, arrojando espuma por la boca, se dirigió al bosque acompañado de cuatro de sus servidores de más confianza.

Puso una trampa de las que se servia para la caza encima de un hoyo que abrió en breves minutos, y subiéndose él y los que le acompañaban á los árboles vecinos, aguardaron á que alguna fiera cayera en el lazo.

Cada miruto que pasaba avivaba más en el corazón del esposo ofendido el deseo de venganza.

De pronto un enorme jaguar apareció en dirección al sitio donde se encontraban; y al divisar á uno de los indios que para llamar su atención se había colocado junto á la trampa, se dirigió precipitadamente y quedó preso, dando horribles rugidos.

Inmediatamente colocaron una especie de cajón de cedro fortalecido con pieles encima de la trampa, y por medio de un mecanismo muy ingenioso quedó encerrada en él la fiera.

El cedro que formaba el cajón tendría más de cuatro pulgadas de espesor; y además, unas cuerdas que había colocadas en la parte inferior impedían al jaguar moverse, todo lo cual ofrecía las mayores seguridades para no tener peligro alguno.

Colocaron aquella especie de jaula sobre dos troncos de árbol, y comenzaron á caminar con ella en dirección al palacio de Tangoras.

Cuando llegaron allí, les mandó que abrieran la puerta del subterráneo, y después de untar el cajón de una materia resinosa y de soltar las cuerdas que sujetaban á la fiera, cerraron la puerta de la cueva, y prendieron fuego á las tablas.

El jaguar no tardó en despedazar su prisión, y huyendo de las llamas, corrió por el subterráneo hasta llegar al sitio donde se hallaba el amante de Igarniga.

Se hallaba durmiendo, ageno de la suerte que le esperaba, y al despertar lanzó un grito terrible.

El jaguar se precipitó sobre él, y desgarrando sus carnes, dió rienda suelta á su terrible voracidad.

Tangoras volvió en busca de su mujer, y cuando comprendió que la fiera, entregada á su voracidad, no abandonaría á su víctima tan fácilmente, precipitó á su esposa en aquel sitio de horror, y cerrando la puerta, observó desde la especie de reja que la cubría el desenlace de aquella sangrienta escena.

La carnívora fiera, embriagada con la sangre del indio, apenas divisó á Igarniga se arrojó sobre ella, y un momento después era aquel antro teatro de otra escena terrorífica.

A decir verdad, la esposa adúltera apenas sintió los efectos de la ferocidad del jaguar.

Desde el momento en que penetró en aquella lúgubre estancia, el espanto se apoderó de su alma y perdió el sentido.

Cuando Tangoras vió que solo algunos restos quedaban de su esposa:

—¿Qué he hecho? exclamó. ¿Acaso con su muerte borraré la pena que me devora? ¡Ah! ¡Vuelve á la vida, Igarniga!

¡Oh! ¡Que dichoso me contemplaba cuando creía que era amado!

¿Qué música es aquella que enseñaron los dioses al hombre, que dice: yo te amo?

¿De dónde proviene el rayo devorador que lanza los ojos de un amante?

¡Oh! Tú, querida de mi alma, á pesar de tu perjurio; tú, más hermosa que el sol y que la luna; tú, cuyas palabras, más suaves que los venticillos de la noche y que la voz del sinsonte que se querella en el bosque, eran para mi corazón lo que es el rocío para las plantas agostadas; vuelve á la vida, mírame una vez siquiera con tus hermosos ojos, que me hacían morir de felicidad! ¡Vuelve, vuelve á besar mi frente como lo hiciste en aquel día dulce y feliz en que nos unimos!

¡Tus labios han robado sus llamas al Popocatepec, y sus perfumes al floripundio y al jcoxochilt!

¡Tu boca es la puerta del cielo, y por ella salen tus suspiros que abrasan, y tus palabras de amor que se parecen á los cánticos divinos de los espíritus benéficos!

¡Vuelve á la vida, y déjame sentir el movimiento de tu seno, que se agita como las olas de la gran laguna al recibir el soplo del aura!

El desgraciado esposo no tardó en ser presa de un horrible delirio.

Extrañando su tardanza, al cerrar la noche salieron á buscar-

le sus servidores, y le hallaron tendido al lado del subterráneo.

El infeliz había sucumbido ante la violencia de las emociones de que había sido víctima en aquel azaroso día.

Esta conseja ha pasado de padres á hijos, y los mismos teopixques aseguraban que el feroz jaguar, instrumento de venganza de tan horrible drama, habitaba en la cueva, y que los manes de las víctimas se presentaban ante la vista de los que se atrevían á penetrar en aquella pavorosa estancia.

Esta era la causa por la que aun los más valerosos guerreros no osaban acercarse al subterráneo que presencié la venganza del esposo ofendido.

Prosigamos ahora el curso de nuestra historia.

CAPITULO LXXI.

La batalla de Otumba.



HEMOS visto que Hernán Cortés, después de tomar el adoratorio del dios protector de la agricultura, convocó á sus capitanes, y en el consejo que celebraron se acordó que proseguirían la marcha.

En efecto; poco ántes de la hora señalada para la partida se despertó la tropa, que descansaba de las fatigas de la pelea, y al saber la resolución de su caudillo todos alabaron el acierto de sus propósitos.

Mandó Hernán Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo.

Encargó á Diego de Orgaz la vanguardia con guías de toda su confianza.

La fuerza principal la concentró en la retaguardia, y se puso al frente de ella.

Su objeto, al obrar así, era hallarse al frente del peligro, y afianzar con su protección la seguridad de los que le formaban la vanguardia.

El ejército se puso en marcha.

El héroe de esta historia ordenó á los guías que se apartasen del camino real, para volverle á recobrar con el nuevo día.

Con estas precauciones, y en medio del mayor sigilo, caminaron poco más de media legua sin encontrar obstáculo alguno que se opusiera á sus designios.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montañosa dieron